

Algo se mueve en Galicia. Modas y modos de una cultura viva

Miguel Ángel Baldellou

«Algo se mueve en Galicia que rompe tópicos.» La frase remata un *spot* publicitario que emiten periódicamente las televisiones. En él se filtran alusiones que pueden resultar interesantes para nuestro propósito.

Varios son los resortes que se vienen utilizando para vender el producto 'Galicia', y todos sibilinos. Lo 'moderno', hasta el punto de parecer extranjero, vestido 'de domingo' y del mejor 'diseño', no renuncia a una esencia local que termina proponiendo, inevitablemente, sentarse a degustar los frutos del mar y de la tierra.

La ambigua referencia a lo 'tradicional' no se deja ganar por la necesidad de referirse a modelos externos como argumento decisivo. Parecería que una fuerza interior, bebiendo en no se sabe bien qué fuentes, fuese capaz de romper las ataduras que retienen a Galicia. Y ello para alcanzar las metas que desde fuera le proponen. Esa fuerza primaria, al parecer, se mueve. E intranquiliza pensar hacia dónde, a qué ritmo, a costa de qué precio y quién la mueve.

La realidad, sin embargo, viene enseguida a despejar las dudas. Visitar su paisaje magnífico, recalar en su calma o conversar con amigos, requiere el disimulo de lo que tan a las claras se viene produciendo: la destrucción de unas formas culturales de siglos, promoviendo intereses y modelos ajenos. Galicia se percibe como un paisaje en destrucción, de tanto y tan mediocre como se construye.

Si fue siempre muy tenue la idea convencional de ciudad en un paisaje tan ambiguo, la nueva producción mayoritaria destruye el antiguo equilibrio, tejido sutilmente de matices que alcanzan al material y a la textura, al borde construido de añadidos sobre formas primarias, acordes con el uso, y a la exacta proporción de las necesidades, de modo que la impúdica presencia de formas sin cubrir, realizadas con prisas mayores que los medios, confunde a quien pretende todavía usar la inteligencia.

Mientras, las hordas, con nombres y apellidos anónimos, destruyen a sus anchas lo que es, aunque lo ignoren, su propia herencia; grupos de arquitectos se reúnen pensando aún, alguno de ellos, en realizar un esfuerzo que ya hoy nadie les pide, la audacia narcisista de predicar en el vacío.

En busca de la identidad perdida

Tan sólo hace unos años, el objetivo primordial consistía en la búsqueda, todavía posible, de una identidad presuntamente perdida. Faltó, posiblemente, calma para sentar las nuevas bases sobre bases antiguas. Quizá se improvisó un Colegio desde un voluntarismo que propició su asalto desde las ideologías.

Vino después la puesta en marcha de una escuela sin maestros. Y no es que faltasen los buenos profesores; los había. Pero si la tradición no se improvisa, tampoco se la puede invocar desde la algarabía. Ninguna resultó suficiente para imponer su autoridad sobre los otros oponentes. Se trasladó a la Escuela la lucha planteada en el Colegio. Una primera generación de arquitectos maduros pasó del tablero a la tarima para aprender a enseñar, en el mejor de los casos,

enseñando a aprender y, a falta de modelos, inventándolos. Así prendió tan pronto la tendencia rossiana, por ejemplo. Con tanta superficialidad como vehemencia, los ahijados de Rossi creyeron resolver un problema que no se habían planteado siquiera. La respuesta no podía ser otra: la resistencia solitaria de algunos, o la trivial banalidad del rechazo a la reflexión en el altar posmoderno. Un intermedio *pop* pareció conciliar, por un momento, la sorda escisión que se fraguaba.

En un tiempo sin héroes, se trasladó quizá de sitio lo que posiblemente era sólo el reflejo de un falso problema. Se forzó seguramente, desde las propias aulas, la búsqueda de caminos todavía no abiertos, confundiendo la experimentación -naturalmente solitaria- y la vanguardia con sus ecos. Así, los profesores, quizás a su pesar, se volvieron maestros, y el aula pasó a ser el escenario de un drama irreal para satisfacción de los menos discretos.

Así están hoy las cosas. De la Escuela de La Coruña parten a su destino cada vez más colegas dispuestos a ejercer lo aprendido: resabios y recetas de botica que confirman lo dicho en el vacío. Unos, ensimismados, pretenden recuperar lo que aún puede quedar tras la tormenta; la mayoría, provocando los truenos. En este contexto, que no en otro, los unos nos ocupamos de los otros, mientras fuera prosigue el estruendo. Lo nuestro son pequeñas rencillas, pero a veces muy hondas, quizá porque hablamos de lo que más nos importa. Es algo que nos viene de familia. Discutimos, probablemente sin saberlo, las cosas de la herencia. Y en ese amor-odio hacia el ancestro, rechazamos a posibles hermanos como simples bastardos que disputan el puesto. Es en ese proceso de filiación donde buscamos la seguridad ante los otros, de modo que lo de menos es la memoria de los tiempos más duros, cuando se forma el carácter verdadero, y lo demás es salir en la foto, aunque sea corriendo y llegando de lejos, disfrutando el momento para partir de nuevo.

Aparte, o no tanto, de estas querellas, alguna arquitectura realizada hoy en Galicia por arquitectos gallegos parece sugerir un movimiento. Distinguir lo que en ella pueda haber de homogéneo no resulta sencillo. Quizá puedan rastrearse conexiones sutiles que indiquen parentescos de sangre más allá de apariencias formales. Si no fuese trivial y en el fondo con ello no se contribuyese a la feria de las etiquetas -tan querida de los que menos me interesan-, no tendría reparo en distinguir varias sectas. En la jerga estudiantil prosperan las denominaciones efímeras, entre las cuales destaca la 'arquitectura de tetilla', enfrentada al parecer a un transnacional ensueño que se quema en vanidosa hoguera. Como en los viejos libros se decía, las ilustraciones que paralelamente van con este texto permiten al lector inteligente etiquetar la muestra y, entrando en este juego, observar su general inconsistencia.

Sin embargo -y dejando bien claro desde el principio que lo que a continuación diré no supone por mi parte negar la posible validez de otras ofertas- creo que en cierto sentido sí puede decirse que algo se mueve en Galicia. Tan sutilmente que desde allí apenas se percibe. O quizá me equivoque, y precisamente porque se percibe no quiera verse.

No digo que en Galicia se siga un magisterio indiscutible. Se dice desde allí sin, en verdad, creerlo. Conviene, por lo dicho, hacer creer que es cierto. Y para ello, multitud de *discípulos* están dispuestos a sostenerlo de palabra y simularlo con los hechos. Pero no nos engañemos; todos debemos saber a estas alturas que para llegar a tiempo no son buenas las prisas. Y tampoco las modas son las que mejor ayudan a conformar los modos verdaderos. Lo que mayoritariamente se profesa en el fondo -y ya sabemos que pasa en todas partes- es seguir a los falsos profetas, a los que gritan más alto desde las pasarelas al ritmo de las fatuas exigencias.

Dos caminos

Hay otros que proponen en cambio un camino más cierto, pero ante tanta confusión son demasiado pocos. No puede ser de otro modo. Entre ellos, y aquí al lado hay una muestra significativa de lo dicho, pueden distinguirse a grandes rasgos dos caminos posibles que efectivamente plantean dos modos distintos de comportamiento.

Si hace ahora algo más de veinte años que lo que ahora digo no lo dije, no es porque no se intuyese. Simplemente no era entonces pertinente. Fernández-Albalat y Bar Boo cumplieron más que dignamente como pioneros de una recuperación desde dentro cuyas bases profesionales y docentes han pasado a condicionar un panorama que hoy se debate -me parece que a tientas- entre el ser y el parecer. Inmediatos a ellos, pero a cierta distancia en el tiempo, las voces de Baltar y Bartolomé desde Santiago y de Suances desde Orense parecían concretar las líneas mantenidas por aquéllos.

Los más jóvenes de entonces -Gallego, Portela, Meijide o Reboredo- son hoy ya la referencia inevitable, y su trabajo desde entonces ha decantado sus respectivas posiciones.

Un esquema en el que una arquitectura presidida por la fuerza (Bar, Suances, Portela, en cierto aspecto Bartolomé) se enfrenta a otra regida por la sutileza (Albalat, Baltar, Gallego) dejaría tranquilo a más de uno, pero falsearía sustancialmente los hechos, aunque valiera para la prensa. La proximidad generacional, la presión del medio, y la amistad personal han mezclado demasiado las tendencias.

Junto a estos nombres se deben incluir los Casabella, Blanco, Campos, Freixedo, Seara, Suárez, De Llano, Noguerol, Penela, Casqueiro y algún otro, que contribuyen de diversa manera a la resistencia frente a la mediocridad del ambiente. En un trabajo próximo y bastante más extenso tendré ocasión de intentar una revisión de su producción más relevante.

En este punto convendría volver a contemplar el papel de la Escuela de Arquitectura de La Coruña. Todos los arquitectos que he citado -a excepción de Bartolomé, demasiado reticente para ello- han sido o son activos profesores de ese centro. Si la docencia les ha obligado a compartir inquietudes, también ha servido para explicitar ante sí mismos y ante sus alumnos las posiciones desde las que mejor se justifican sus obras. Dada la relación que se establece entre profesor y alumno -especialmente en una escuela pequeña- y las circunstancias en que todos ellos se fueron incorporando a la docencia -llegados a ella desde su práctica profesional-, cabe suponer que se fue consolidando una interdependencia que en cuanto a las opciones personales deviene inevitablemente un conjunto de complicidades. La necesidad, por parte de los alumnos, de reforzar su identidad por referencia fortaleció implacable, por parte de los profesores, la de destacar la suya frente a sus compañeros.

El grueso del grupo señalado ha impartido o imparte su enseñanza en la disciplina de Proyectos. Tan sólo Gallego ha interpuesto significativamente entre su compromiso personal y sus alumnos un contenido concreto y sutilmente distinto como profesor de Urbanismo. De este modo, la Escuela se ha convertido también en mentidero, acrecentando artificialmente desde dentro las distancias reales. El poder sobre la opinión se ejerce así desde una plataforma que, por edad y por necesidad, es poco dada a la reflexión serena. La prensa profesional o el debate desde las instituciones culturales, posible contrapeso a todo ello, ni han tenido continuidad ni liderazgo

suficiente. En consecuencia, un cierto carácter caótico parece apoderarse de las aulas y de los pasillos de la Escuela, azuzado -según he podido entrever- por intereses personales dispuestos a hacerse con la audiencia. Curiosamente, los ecos de la Escuela parecen escucharse a lo lejos, y en su base se establecen conexiones con las instituciones, que cubren su conciencia con oportunas operaciones de prestigio.

Por otra parte, el institucional va siendo el - último reducto en que puede refugiarse una actividad en crisis, y de su capacidad para librarse de la propaganda o de aceptar los compromisos que le impongan los políticos dependerá al final su misma supervivencia.

Repasando los encargos, se observan concentraciones en los temas, relaciones ideológicas y amistades peligrosas. Dejemos que el lector saque sus propias consecuencias.

Dos figuras

Me gustaría terminar fijando la atención en dos figuras que de algún modo polarizan modos de hacer más allá de las modas, aunque puedan originarlas incluso a su pesar. Me refiero a César Portela y a Manuel Gallego. Si recientemente me he ocupado con alguna extensión de Gallego, aún no lo he hecho de Portela. Filiaciones distintas, fidelidades mantenidas, trabajos coherentes.

Ambos persiguen su propia identidad de forma muy precisa. La atención de Gallego, penetrando en la esencia sensible de la naturaleza de las cosas, recrea en clave propia y sutilísima, sujeta sólo al dictado de un proceso riguroso, un mundo personal y emotivo, hecho de renunciaciones y de sugerencias, construido de dudas, sintetizando de modo equilibrado la cultura moderna en su variante más poética con una tradición en la que el aire y el agua -y su síntesis, la niebla- son tan materia como la propia piedra. Su trabajo ha dejado ya alguna obra definitiva, como también se puede decir de Portela. Éste, al contrario que Gallego, persigue su propia síntesis en términos mucho más contundentes: por un lado, la potencia de esquemas tipológicos fuertemente ligados a la simetría, que buscan la claridad rayana en lo más puro, referible a la Tendencia; por otro, la presencia, con ella redundante, de los prismas de piedra proveniente de esa constante local de las piezas autónomas y aisladas, autosuficientes, altivas y modestas de modo simultáneo, obsesivas.

Las tensiones estáticas en las obras de Portela sugieren ruinas construidas en campos celtas, megalitos modernos tatuados con pinturas violentas: amarillos, azules, bermellones, verdes, violetas. Las ruinas de Gallego, sin embargo, se cubrirán de hiedra, de humedades, de musgos y de nieblas.

Si uno de ellos se sitúa en el método, el otro lo hace en el proceso. Si Portela puede pasar del esquema al proyecto cambiando sólo la escala en apariencia, arriesgando en mantener la idea contra viento y marea, la persistencia en Gallego se produce asumiendo los riesgos de un viaje en el que los elementos acosan en el borde del sendero. Cada obra de Portela reafirma a un Portela que quiere ser, resistiendo, permanencia. En Gallego es un cuestionamiento desde el origen, buscando cada vez el principio, persiguiéndose a sí mismo, descubriendo.